

ROSE CORRAL, ARTURO SOUTO ALABARCE, y JAMES VALENDER (eds.), *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*. El Colegio de México, México, 1995; 468 pp.

El Colegio de México, con el patrocinio del Fondo Eulalio Ferrer, organizó en mayo de 1993 un Coloquio internacional cuyas ponencias y comunicaciones reúne ahora en *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*. Este volumen evidencia, entre otras muchas cosas, que estamos acercándonos al momento en que finalmente es posible llegar a conclusiones cada vez más definitivas sobre la tan amplia y compleja cuestión del exilio republicano. Ello es así porque tenemos el privilegio de hallarnos situados en una atalaya histórica que permite contar con una necesaria perspectiva distanciadora y porque previamente se han ido realizando toda una serie de estudios que han ido preparando el terreno para esta hora presente en la que se impone una comprensión más global y totalizadora.

Pero si las actas del Coloquio de 1993 son una muestra de lo dicho anteriormente, también invitan a reflexionar, convertidas —incluso por defecto— en discurso sobre el discurso del exilio, acerca de algunos extremos puntuales.

Empezaré aventurando que, siendo necesario y conveniente plantear cuestiones de manera monográfica —como el tema de la poesía del exilio en un solo país, México—, tal limitación temática y territorial, aunque favorece sin duda el entendimiento, necesariamente reduce la comprensión de la problemática general. Por otra parte, la fijación o focalización literaria en sus contornos formales y/o contentidistas difícilmente es el procedimiento más idóneo —desde luego, nunca el único— para explicar una tal modalidad expresiva que es necesariamente la manifestación de otros fenómenos, los de una guerra civil cargada de ideología que condujo a todo un colectivo, no exclusivamente de poetas, a la pérdida de la tierra y de horizontes y expectativas colectivos. De ahí que, al menos a mi parecer, la aportación más significativa de *Poesía y exilio. Los poetas del exilio español en México*, ya un libro imprescindible, la ofrecen los participantes en el Coloquio que dieron una visión contextualizada, no excluyente ni limitada. Es decir, que no pusieron cercas a un asunto que difícilmente las soporta.

Los participantes en cuestión pertenecen en su mayoría a la generación que llegó a México como chamacos. Me refiero —por el orden de la publicación de sus ponencias— a Carlos Blanco Aguinaga, Angelina Muñiz, Nuria Parés, José Pascual Buxó y Francisca Perujo. El mito de Ícaro, tal como lo interpreta José Pascual Buxó, explica toda una serie de dependencias y rupturas de esa joven camada de exiliados con sus padres y con España. Pero además esa lectura del mito, basada en una situación personal y generacional, remite a otro

discurso, el de la producción poética de todos y cada uno de los componentes de esa hornada de jóvenes poetas exiliados. Se establece así una dialéctica entre los referentes literarios y los extraliterarios, que conforman y determinan una poética que sin los últimos elementos no hay manera de comprender cabalmente. Poética que necesariamente debía tener unos rasgos marcadamente diferenciados de la de sus mayores. Protagonistas éstos de la historia y aquéllos meros testigos a los que ni siquiera les quedaba el recurso del error o la culpa propios. La experiencia configura las estructuras, formales y temáticas, de los procesos y cristalizaciones creadores. Y es sintomático que tanto Pascual Buxó como sus compañeros arriba citados hayan optado todos por explicar las causas y manifestaciones de los fenómenos a través de un discurso reflexivo, acudiendo a lo sumo a breves apoyaturas poéticas. Como si la poesía perteneciera al reducto íntimo o, en cualquier caso, hubiera que situarla en otro ámbito. Porque su aportación al Coloquio no podía limitarse a ser simple expresión de una singularidad, sino pieza tendente a comprender la globalidad. Pero quien quiera en adelante leer o releer el *corpus* poético de esa generación tendrá que acudir necesariamente a las palabras que pronunciaron todos ellos en el Coloquio de 1993, que ahora tenemos la suerte de ver reproducidas en *Poesía y exilio*. También merecen mención especial, pues complementan las anteriores ponencias, las cuatro que cierran el libro, dos de Susana Rivera y Eduardo Mateo sobre el grupo y dos de Gabriel Rojo y Gonzalo Celorio sobre Luis Rius.

A la vista de todas esas ponencias, habría que revisar, de un lado, algunas de las admoniciones —paternalistas y poco ajustadas a la realidad— de Max Aub sobre esta segunda generación de poetas y, de otro, ponderar la labor formativa de la República y de las instituciones académicas mexicanas. Porque el alto nivel intelectual y poético de la segunda generación debe mucho tanto a los esfuerzos de la República como de México. La ira trágica de Ícaro —vuelvo a la magnífica ponencia de Buxó— debería tornarse apaciguado reconocimiento. Una vez en el laberinto no todo fue intolerable atadura. Si bien es cierto, como escribe Juan Marsé en *El embrujo de Shanghai*, que mirando atrás —lo cual no es patrimonio exclusivo del exiliado— se observa “nuestro pobre camino de la esperanza sembrado de trampas y mentiras”.

Resulta prácticamente imposible comentar una a una todas las ponencias que se recogen en *Poesía y exilio*. Dejaré inevitablemente algunas sin mencionar, por lo que pido disculpas a sus autores.

De las ya referidas, destacaré una de las cuestiones básicas que plantea Carlos Blanco Aguinaga cuando señala la paradoja de que el exilio abrió un proceso de interiorización. Echados de su tierra, los poetas se refugiaron en el reducto íntimo. Aparte otras muchas consideraciones, esta situación significó una ruptura con el proceso de

apertura hacia lo colectivo que se había instalado en la praxis poética de los años treinta. Por otro lado, abocados entonces a un presente cargado de porvenir, el exilio, que puso término al proyecto republicano, lo ancló en el pasado.

Angelina Muñiz pergeña una definición tan incisiva como precisa del exilio en el primer párrafo de su ponencia. Cuanto dice luego de los atavismos del espacio, del tiempo y de la lengua —temática que complementa en parte Francisca Perujo en “La lengua, lugar de identidad”— inaugura una nueva hermenéutica de enorme interés para la comprensión del exilio. Se van así quebrando concepciones mitificadoras, como la de “transtierro” y la de la tan traída y llevada identidad de idioma, como si el forzado tránsito a México hubiera sido una simple continuidad territorial y lingüística. Sobre estos aspectos abunda también Adolfo Sánchez Vázquez, quien impugna las conocidas tesis de su maestro José Gaos sobre el “transtierro”; Rose Corral, quien en su brillante ponencia sobre Moreno Villa plantea las motivaciones últimas de su autobiografía *Vida en claro*, en donde la cuestión de su presencia en México es, al contrario de lo que se ha venido diciendo, más justificativa que exultante; y Bernard Sicot quien, en “Luis Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano: el espacio y el tiempo recobrados*”, desvela los subterfugios de Cernuda para aplacar el hecho de que “ninguna vuelta verdadera es posible”.

Estas líneas interpretativas se podrían haber empleado con gran aprovechamiento a la hora de estudiar a un autor como Juan Larrea. Porque la apología de su ideario —Neruda le llamó tal vez demasiado extremosamente “vendedor de baratijas metafísicas”— no resiste las evidencias. A menudo se tiende a caer en la difundida opinión de que los exiliados tenían una ideología revolucionaria, cuando en realidad muchos de ellos eran simplemente pertenecientes a la clase media con ideas ilustradas, de cambio y progreso, pero por vías de consenso, nunca de enfrentamiento. Y hubo también sectores importantes de exiliados con una confusión ideológica muy notable. En este sentido, el manifiesto “Tradición y traición” del Movimiento español 1959 o la publicación de los epistolarios de Larrea con Gerardo Diego, de Salinas con Guillén y de Sender con Maurín son, entre otros muchos ejemplos más, muy ilustrativos. El manifiesto de 1959 como algunas de esas cartas rompen no pocos estereotipos. Uno tiene a menudo la impresión, que cada vez se convierte en más acendrada convicción, de que para comprender el exilio hay que empezar a romper la cáscara de los lugares comunes que unos y otros, por distintos y a veces encontrados intereses, han ido construyendo.

Me ha causado una impresión muy agradable, incluso entrañable, leer la ponencia de José Luis Martínez, un admirable bibliófilo y uno de los críticos de mayor solera de las letras mexicanas. Los sagaces comentarios de Adolfo Castañón sobre algunos trabajos iconográficos

de Moreno Villa, así como sus juicios sobre la importancia de la visión en el autor de *Cornucopia de México*, de quien dice que contemplaba el mundo con los ojos de poeta y con los ojos de pintor, evidencian también su sensibilidad y erudición, así como su gusto por las artes plásticas y por la palabra impresa.

Admiro desde hace muchos años la labor crítica de Derek Harris, uno de los más finos estudiosos y editores de la obra de Luis Cernuda. Su ponencia sobre *Desolación de la Quimera* es un nuevo ejemplo de su continuo debate con la poesía del poeta sevillano. Al comentar los poemas de *Desolación de la Quimera*, afirma que en algunos de esos poemas “parece remedar el hueco retoricismo del discurso político, que en este ejemplo [unos versos de «Es lástima que fuera mi tierra»] curiosamente hubiera podido salir igualmente vacío de una boca de derechas como de izquierdas en la contienda española”. El parangón no me parece ni acertado ni oportuno. Se debería ser más preciso y señalar, al establecer comparaciones entre ambos discursos, especialmente en el fondo, diferencias. Y en lo tocante a la forma, ¿dónde no hay retórica? ¿Se podría hacer teoría literaria sin las artes retóricas? Por otra parte, parece más ajustado a razón, que es lo que hace con gran acierto Derek Harris, analizar las estrategias poéticas de Cernuda en su libro para descubrir en él no la cristalización de maneras de expresión del pasado sino la construcción de una nueva dicción. Derek Harris concluye su ponencia con este para mí cierto juicio sobre *Desolación de la Quimera*: “es un libro de nueva vitalidad, un libro de partida”.

Nigel Dennis saca a colación unos polémicos sonetos de José Bergamín, al tiempo que analiza su personalidad controvertida. En *Poesía y exilio* es prácticamente una excepción el tratamiento de ciertos roces de exiliados republicanos con algunos de sus anfitriones. En el Coloquio, así lo dejan traslucir sus actas, recogidas en este libro que me ocupa aquí, no se cayó, acertadamente, en estas pequeñas anécdotas, poco —no es éste el caso por tratarse de Bergamín— relevantes. Tampoco se debatieron temas que para algunos poco o nada tienen que ver con la poesía, y para mí revisten suma importancia. Por ejemplo, se podría haber abordado el tema de la política migratoria en relación con los representantes de la cultura republicana. Así, por ejemplo, ¿qué número de poetas quedaron atrapados, junto con otros miles de refugiados, en los campos de concentración franceses después del verano de 1939? ¿Hubo o no una política que los privilegió con relación al resto de los refugiados? ¿De qué vivieron los poetas en el exilio? ¿Cómo se financiaron distintas empresas culturales y editoriales? Guillermo Sheridan se detiene parcialmente en uno de estos interrogantes, pues sólo se ocupa de la financiación de la revista *Taller*, en su segunda época. Tratado así resulta un episodio que tiene muy relativa relevancia. Porque las cuestiones hay que debatirlas

en su conjunto. No sabría yo —tampoco él aporta cifras— qué fondos aportó el SERE —*Séneca* dependía de ese organismo oficial—, pero quizá sea significativo que la revista *Taller* dejó de publicarse cuando el SERE agotó en 1941 sus recursos. Prieto se había quedado con el tesoro del Vita, y el SERE, dependiente de Negrín, perdió protagonismo. Siempre he pensado —y no me encuentro solo en este extremo— que *Romance* y *Taller* fueron dos revistas muy distintas. Como *Hora de España* estaba al servicio de la causa popular, ¿es un despropósito relacionar más estrechamente a esa revista con *Romance* que con *Taller*? En cuanto al debate de Octavio Paz con la LEAR, las citas que reproduce Sheridan de éste y de *Ruta*, portavoz de la LEAR, en las páginas 295-296 están todas marcadas por la intransigencia, pero de signo —en el fondo y en forma— contrario. Repárese que la cita de Octavio Paz está repleta de cópulas, define continuamente qué es y no es la guerra civil española. El fragmento que reproduce Sheridan de la revista *Ruta*, identificada con la LEAR, presenta argumentos; aunque sean también, desde luego, discutibles. Por otra parte, me parece cuestionable que en los años treinta y cuarenta se pensara mayoritariamente, como asevera con contundencia Sheridan, que “la función de poeta no es tanto ser maestro de masas sino un blasfemo aislado”.

Tal vez haya un problema de injusticia y de amnesia con *Taller*, como apunta Sheridan, pero la memoria selectiva (de ello me ocupo en “La goma de borrar”, artículo recogido en *Las cenizas del Fénix. La cultura española en los años 30*) puede convertirse a menudo en una coartada interesada de medro y trapicheo.

Otro extremo más, ¿acaso no urge hablar de la poesía española en México como el discurso más propio de una subcultura que de una cultura integrada? Ello se desprende precisamente de las ponencias de la segunda generación de poetas a las que me he referido más arriba. Sin embargo, no aparece planteado en estos términos, ciertamente propios de la sociología de la cultura, pero no por ello ajenos a la creación cultural. Eduardo Mateo saca a colación esta problemática cuando enumera, siguiendo a Robert Escarpit, los vínculos que encadenan a los escritores con su público. Pero habría que profundizar en la complejidad de esos vínculos, o mejor dicho, en su ausencia, porque difícilmente los adquirieron los poetas españoles en México y en otros países donde sufrieron exilio. Todo ello ya lo planteó Francisco Ayala en 1949, en su artículo “Para quién escribimos nosotros”, y en sus libros *Razón del mundo* y *El escritor en la sociedad de masas*.

*Poesía y exilio*, una ilación muy bien vertebrada de temas y puntos de vista distintos —hay que dialogizar el exilio—, representa un esfuerzo valiosísimo, en muchos aspectos, de singular relevancia. Se ha dado un paso adelante en la comprensión de un fenómeno que marcó a la sociedad española y también a la mexicana. Pero como que-

da claro en este libro, el exilio que cierra puertas también las abre. Acaso por el solo hecho de que la desposesión espolea la necesidad de preservar —urdimbre tanto de la vida como de la poesía— el tiempo y el espacio de los arcanos deslumbramientos. Pero habría que tener también presente, como recuerda Angelina Muñiz en su ponencia, estos dos asertos: “La vida del exiliado no puede mantenerse perennemente. Tampoco la poesía del exilio”.

FRANCISCO CAUDET

Universidad Autónoma de Madrid

JOSE LUIS BERNAL (ed.), *Gerardo Diego y la vanguardia hispánica*. Universidad de Extremadura, Cáceres, 1993; 233 pp.

Aunque el propio Gerardo Diego se preocupó por poner su poesía vanguardista al alcance del público, al editar su *Poesía de creación* en 1972, puede decirse que, hasta la fecha, ésta no ha recibido la atención crítica que sin duda merece. Es, por lo tanto, con especial satisfacción que se comenta la aparición del presente volumen, que recoge el texto de las ponencias presentadas en el Congreso Internacional “Iberoamérica y España en la Génesis de la Vanguardia Hispánica. (El modelo vanguardista de Gerardo Diego)”, reunión celebrada en Cáceres entre el 11 y el 14 de mayo de 1992. Como indican ambos títulos (el del libro y el del congreso), el propósito de la reunión fue doble. La poesía de vanguardia de Gerardo Diego, efectivamente, constituyó el foco de atención de la mayor parte de las conferencias, pero, en consonancia con las festividades del Quinto Centenario, se pretendió también analizar el amplio entorno cultural en que esta obra se produjo, prestando especial atención al estudio de ciertos aspectos de la vanguardia hispánica surgida en uno y otro lado del Atlántico. El resultado de este doble esfuerzo, como pasaré a señalar en seguida, es encomiable desde varios puntos de vista.

Son siete las conferencias que se ocupan directamente de la obra de Diego. De una entrevista inédita celebrada con el poeta en 1975, René de Costa, en “Posibilidades creacionistas: Gerardo Diego”, entresaca algunos datos biográficos interesantes, sobre todo por lo que éstos revelan acerca de la relación de Diego con el poeta chileno Vicente Huidobro; después de ofrecer un comentario sobre tres ejemplos de la primera poesía creacionista de Diego, De Costa termina proponiendo una comparación (algo inesperada, hay que decirlo), primero, con los poemas visuales de Joan Brossa y, después, con los “antipoemas” de Nicanor Parra. Mario Hernández, por su parte, bajo el título de “Pregerardo antidiego: ofrenda a Federico Chopin”, nos